

Montoneros ante una encrucijada: aceptación o rechazo de los términos de intercambio político del Pacto Social (1973-1974).

Pablo Enrique Garrido

1 - Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales.

2 – CONICET – Universidad de Buenos Aires. Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”.

Resumen: “Pacto Social” es el nombre con el que se bautizó popularmente al programa impulsado por José Ber Gelbard, al frente de la cartera económica entre mayo de 1973 y octubre de 1974. Se trataba de un esquema corporativista con instancias de diálogo tripartito, en el que subyacían mecanismos de intercambio político. La presente ponencia aborda los desplazamientos de las posturas de Montoneros ante este programa. Estos serán identificados a partir del análisis de las publicaciones y documentos de la organización, las manifestaciones de sus referentes ante la prensa, y otros testimonios de los actores, priorizando las apreciaciones político-sociales, pero identificando también las valoraciones económicas. La hipótesis central de este trabajo es que, lejos de un rechazo total, la organización comenzó este proceso con manifestaciones ambiguas que le permitían apoyar ciertos aspectos políticos y económicos, para avanzar luego hacia un rechazo profundo al plan, a partir de la impugnación de los términos de intercambio político que implicaba.

Palabras claves: Montoneros, Pacto Social, Peronismo, Gelbard, Perón.

*¡Hay que dar vuelta el tiempo como la taba,
el que no cambia todo, no cambia nada!*

“Triunfo agrario” Armando Tejada Gómez y Alfredo Zitarrosa

Introducción

“Hay que romper el Pacto Social”. La frase, en letra de molde mayúscula, era publicada por Montoneros en medio del conflicto con la conducción del movimiento peronista, en marzo de 1974. Hacía referencia al programa económico que había impulsado el ministro de Economía, José Ber Gelbard. Sin embargo, la organización había transitado un largo camino desde cierto apoyo durante el inicio del gobierno, hasta este llamado a la ruptura. El presente artículo, producto del proceso de producción de una tesis de maestría, analiza ese accidentado tránsito.

“Pacto Social” fue, en verdad, como se conoció popularmente al programa que implicaba un pacto tripartito, cuya piedra basal fue la firma del *Acta de Compromiso Nacional para la Reconstrucción, la Liberación Nacional y la Justicia Social* (ACN) en junio de 1973 por parte

de la Confederación General del Trabajo (CGT), la Confederación General Económica (CGE) y el Estado, representado por la cartera económica. Luego de dieciocho años de proscripción del peronismo, el proyecto presentado por el gobierno mostraba signos de moderación: definía aumentos salariales en términos reales que apuntaban a una redistribución progresiva del ingreso, cuya meta era alcanzar una distribución 50/50 entre trabajadores y empresarios recién en 1977; y estimulaba el consumo, pero esperaba que el ahorro y la inversión lo superaran (Pryluka & Coviello, 2018; Rougier & Fiszbein, 2006; Vitto, 2012). Además, generaba instancias de diálogo en las que, en definitiva, y frente a la representación de los asalariados asumida exclusivamente por la CGT, los empresarios tenían representación garantizada por Julio Broner, presidente de la CGE, mientras que el ministro Gelbard era también el anterior titular de esa entidad. Tanto por los actores que articulaba como por el tipo de relación que entre ellos definía, diremos que también en términos analíticos se trató de un pacto social¹:

Un esquema de diálogo social en el cual el gobierno y los actores sociales involucrados acuerdan la formulación conjunta y coordinada de políticas públicas sobre asuntos específicos y diversos, tales como la política de control de precios y salarios, de empleo, reformas laborales y/o modificaciones en materia de seguridad social, entre otros (Benes & Gurrera, 2018, p. 86).

El pacto social es entonces una forma específica de diálogo social, que requiere una institucionalización de sus acuerdos (Ahlquist, 2008), en este caso a través del ACN y otros convenios similares de carácter sectorial.

En el escenario intelectual argentino, Juan Carlos Portantiero (1987) identificó al intercambio político como la lógica que rige estos pactos. Sin embargo, es el italiano Gian Enrico Rusconi quien, a nuestro entender, ofrece la definición más acabada del intercambio político como “una situación en que se negocian bienes de naturaleza diversa ubicados entre la economía y la política. Los protagonistas de la transacción son los grupos sociales organizados y el Estado, en varias combinaciones.” Al mismo tiempo, precisa cuáles son los bienes en juego: “pueden ser salarios, la ocupación, las inversiones, la facilidad de crédito, etc. Pero también la lealtad política, el consenso democrático o sencillamente la detención del disenso activo, postergación de sanciones” (Rusconi, 1985, p. 67).

A partir de esta definición, utilizaremos un concepto que nos permite operacionalizar el planteo de Rusconi. Nos referiremos a los términos de intercambio político como el conjunto de bienes políticos y materiales que los actores aceptan otorgar y recibir en un momento

¹ Utilizaremos “pacto social”, en minúscula, como una categoría analítica (Friedemann, 2012; Soprano, 2007) que es útil para clasificar este tipo de experiencias que incluyen procesos de diálogo social y negociación colectiva involucrando al gobierno y a representantes del capital, el trabajo, o ambos. Lo diferenciaremos del Pacto Social, en mayúscula, nominación que obtuvo el caso particular que estudiamos.

dado del pacto social. De este modo, en el ACN parte de ellos se encontraban explícitos: establecía un aumento de suma fija para los asalariados de \$200 -representaba un 20% del salario mínimo y un 14% del salario promedio-, aumentos en las tarifas de servicios públicos, retrotraía en determinados rubros aumentos preventivos que las empresas habían aplicado en los días previos, y, luego de reajustar precios en línea con los aumentos tarifarios, los congelaba por dos años. De manera expresa, sólo mencionaba una corrección de los sueldos, atada a la productividad, prevista para el 1 de junio de 1974. Además, establecía aumentos para las jubilaciones, pensiones y el salario familiar; y definía instancias de diálogo tripartitas entre los firmantes del acuerdo, y metas para diversas áreas de la economía. (“Acta de Compromiso Nacional”, 1973; Di Tella, 1986; Rougier & Fiszbein, 2006; Vitto, 2012).

Pero otros no figuraban en documento alguno, sino que estaban implícitos en el acto mismo de lograr estos acuerdos: tanto la legitimación que obtenía el gobierno por parte de los representantes sindicales y empresarios, como la legitimidad que la CGT y la CGE recibían como interlocutores privilegiados por el Estado. A su vez, los sindicatos resignaban implícitamente su poder de huelga por reclamos salariales al firmar pautas por anticipado. En el intercambio político, estos elementos conviven con la disputa respecto a las reglas que lo rigen: “(...) estas reglas dependen del consenso social, que con ello juega el doble papel de objeto central de intercambio y precondition del mismo” (Rusconi, 2021, p. 204).

La lectura en términos de intercambio político reconoce la disparidad de los actores, y subraya la importancia de sus elementos identitarios, entre ellos su ideología, ya que se trata de: “un sistema de acción en que los diversos contratantes invierten en ella el sentido de su actuar colectivo”, y, por lo tanto, como resultado “de este intercambio, la identidad inicial resulta desmentida, confirmada o simplemente modificada” (Rusconi, 1985, p. 126).

El tránsito de las posiciones de Montoneros respecto del programa nos permitirá abordar un caso de un actor que no está involucrado formalmente en el proceso de intercambio político, pero, sin embargo, define posturas políticas al respecto y, de ese modo, se ve afectado por él, al punto de que se producen importantes modificaciones en sus discursos ideológicos.

De este modo, a lo largo del trabajo recurriremos principalmente al análisis de documentos de la organización, declaraciones de sus dirigentes y la revista *El Descamisado*. Ésta se constituyó en un verdadero órgano de prensa de la organización, ya que, como señala Daniela Slipak (2015), se trató de un proyecto de su conducción que tuvo el objetivo de homogeneizar el discurso de un espacio que se ampliaba rápidamente. Este carácter inescindible entre la línea política oficial de Montoneros y el órgano de prensa quedó descubierto en las pocas rispideces que se sucedieron en el staff periodístico, siempre resueltas en favor de la Conducción Nacional, ya que se argumentaba que “la publicación debía respetar la línea oficial de la Organización y que toda diferencia debía plantearse en

los ámbitos de militancia, no en las notas de la revista” (Slipak, 2015, p. 62). Luego de su clausura, fue sucedida por dos iniciativas editoriales similares.

La estructura del artículo se corresponde así con tres etapas que podemos distinguir analíticamente en cuanto a las posiciones de Montoneros sobre el Pacto Social. Un camino signado por el mecanismo de intercambio político que la organización transitó desde un apoyo con matices hasta convocar al boicot total contra el programa.

Cámpora al gobierno. El apoyo ambiguo de Montoneros al Pacto Social y su aceptación de los términos de intercambio político.

La asunción de Cámpora y el delineamiento del Pacto Social implicaban un desafío para Montoneros en términos de legitimación. En tanto el programa de visos corporativos incluía una validación explícita del rol de la CGT y de la CGE como actores sociales relevantes a la hora de tomar decisiones gubernamentales, la organización liderada por Mario Firmenich debía definir su postura. En su calidad de integrante de la coalición oficialista, el pacto le imponía límites políticos, al menos temporarios, al campo de reivindicaciones posibles a impulsar por la organización: establecía, por caso, pautas de aumentos salariales moderadas por dos años, lo que significaba un límite a las aspiraciones redistributivas. Sostendremos que, en los comienzos del gobierno peronista, Montoneros estuvo lejos de plantear una postura fuertemente clasista que imposibilitara apoyar un programa diseñado por los empresarios. Por el contrario, decidió acatar el liderazgo de Perón, el plan de Gelbard, y los términos de intercambio político que éste implicaba. En ese sentido, nos diferenciaremos de los análisis que consideran que la primera definición sustantiva de Montoneros a tener en cuenta sobre el Pacto Social es el discurso de Firmenich del 22 de agosto de 1973 (Lissandrello, 2012, p. 91; Pacheco, 2014, p. 252), que implicaría iniciar este relato con una postura abiertamente crítica. Por otro lado, tampoco adheriremos al análisis que Gillespie hace al respecto sobre un apoyo al Pacto Social “sin ninguna crítica al principio” (1987, p. 224), ya que, incluso en una posición de apoyo general al programa, Montoneros siempre manifestó críticas puntuales a determinadas medidas y funcionarios del gabinete de Gelbard.

En los primeros números de *El Descamisado*, las referencias a fenómenos económicos se hacían mayormente a partir de categorías políticas o sociológicas: se acusaba al gobierno militar de favorecer al “imperialismo” y al “antipueblo” en desmedro de los intereses populares. En los días previos a la asunción de Cámpora, el órgano de prensa montonero hacía un diagnóstico de lo que consideraba el principal flagelo de la economía doméstica:

Si algo gracioso puede encontrarse en esta verdadera *expropiación del valor adquisitivo de los salarios* son las promesas oficiales (...) Como es obvio la inflación no se redujo sino que, por el

contrario, intensificó su velocidad al tiempo que los salarios se mantenían prácticamente congelados. (“El costo de la vida. Terrorismo económico”, 1973, p. 10)

Dos elementos se destacan para el análisis. Por un lado, la denominación de la escalada inflacionaria como una “expropiación del valor adquisitivo de los salarios”, refleja una etapa en la que la organización veía al Estado como enemigo, todavía colonizado por las Fuerzas Armadas y con la expectativa sobre si éstas efectivamente resignarían el gobierno. No hay menciones en la nota a las empresas o comercios que se beneficiarían de estos aumentos de precios. La segunda dimensión es la preocupación central por la inflación en la única nota sobre economía que presenta la revista en sus primeros números. No hay llamados a la socialización del capital industrial, ni pedidos por una urgente reforma agraria; sino que se limita a enfocar como objetivos prioritarios el control de la inflación y la recuperación del poder adquisitivo de los salarios. Dos elementos que estaban en línea con los puntos centrales que en 1972 habían presentado como programa conjunto la CGE y la CGT. En ese sentido, compartimos las lecturas que tienden a marcar una confluencia de programas entre Montoneros y la CGE en el período (Sanz Cerbino & Lissandrello, 2018), aunque desarrollaremos una serie de matices al respecto.

La moderación montonera era subrayada en ese número por el apoyo a la decisión de Perón de desplazar a Galimberti como representante de la juventud (“La renuncia de Galimberti...”, 1973). Estas posiciones expresaban un claro acatamiento a las decisiones de Perón, que había definido, junto a Cámpora, que Gelbard ocupara la cartera económica. El nuevo ministro, sin embargo, no era una figura apreciada por los sectores de la izquierda peronista, en parte porque había logrado hacer grandes negocios con el Estado durante el final de la autodenominada “Revolución Argentina” y, al mismo tiempo, nunca se había identificado de manera inequívoca con el peronismo (A. Medina, 2005; Blejmar, 2019; Seoane, 2018).

Los indicios sobre las ambigüedades del apoyo al programa pueden encontrarse tanto en los resquemores hacia la figura de Gelbard, como en algunas escasas críticas programáticas que Montoneros deslizará en esta primera etapa. El mismo día en que se firmó el ACN, Firmenich y Roberto Quieto² dieron una conferencia de prensa conjunta, celebrando la liberación de los presos políticos. El diario La Nación destacaba:

La declaración no incluye alusiones a las medidas económicas del nuevo gobierno y sólo dice dentro de este orden que “ahora es necesario que este proceso de cambios se generalice a todas las áreas, especialmente al campo económico, para satisfacer las urgentes necesidades de las clases populares y se concreten medidas contra los enemigos de la Patria, en primer término las grandes empresas monopólicas” (“ERP, Far y Montoneros”, 1973, p. 16)

² Quieto era por entonces el máximo dirigente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

La primera declaración de los líderes de FAR y Montoneros³ no contenía un apoyo explícito al programa, pero tampoco una impugnación a los términos de intercambio político del Pacto Social. Esa misma semana, ambos subrayaban la necesidad de mantener un “frente de clases”, a todas luces coherente con la aplicación de un pacto de este tipo, aunque señalaban que ese momento debía significar “la transición hacia la construcción nacional del socialismo” (“Responden los compañeros Firmenich y Quieto”, 1973, p. 3).

El análisis de El Descamisado sobre el ACN era algo más generoso: “las medidas anunciadas (...) tienden a aumentar la riqueza nacional, evitar que el imperialismo se la lleve, y a distribuirla en forma creciente para beneficio de los trabajadores”. De todas formas, demostraban su desconfianza hacia el capital al destacar que el documento era el producto de un acuerdo entre la CGT y los empresarios de la CGE, por lo que, para que estos cumplieran, era necesario el accionar del aparato punitivo del Estado, y, fundamentalmente, “la movilización popular” (“Acuerdo social y control de los trabajadores”, 1973, p. 13).

La operación intelectual es notable: el programa económico formal había dejado afuera de la mesa de acuerdos a Montoneros. El pacto tripartito sólo requería la validación de los actores corporativos: en este caso, la CGE y la CGT. Pero Montoneros se daba a sí mismo un lugar en el programa al otorgarle un rol central a la movilización popular, la herramienta que podía aportar a través de sus “frentes de masas”, como la JP Regionales, organización que la insertaba en la juventud del movimiento peronista, y la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) en el ámbito sindical⁴. No era necesario impugnar los términos de intercambio político del Pacto Social mientras la organización pudiera atribuirse el rol de custodio de los mismos, en tanto mediador con el pueblo y promotor de su movilización. Al mismo tiempo, profundizaba la relación entre economía y política plebeya: en su discurso convertía en condición necesaria la movilización política popular para lograr los objetivos económicos.

En la misma línea argumental, sostenían que sería la movilización el elemento que permitiría superar “esta etapa de transición (...) para pasar a etapas superiores del poder popular” («Acuerdo social...», 1973, p.13). Pero esta calificación de la etapa como “transitoria” era acompañada por la celebración de anuncios como la nacionalización del comercio exterior de carnes y granos, la reforma financiera, y cambios en la política para inversiones extranjeras.

³ Como dejan ver las repetidas declaraciones en conjunto de sus líderes, y ratifica el testimonio de Mercedes Depino (comunicación personal, 2016), trabajaban ya en conjunto a mediados de ese año, aunque oficializaron su fusión en octubre.

⁴ Otros “frentes de masas” u “organizaciones de superficies” bajo la influencia de Montoneros fueron la Agrupación Evita para la representación femenina, la Unión de Estudiante Secundario (UES), la Juventud Universitaria Peronista (JUP) y el Movimiento Villero Peronista (MVP), entre otros.

El rol de control que se atribuía la organización no era meramente declarativo, sino que uno de los primeros aportes que proponía era el control popular de precios. Es así que la JP anunciaba en *El Descamisado* la puesta en funciones de una Comisión de Movilización y Control que se ocupara del tema (“Van a cobrar lo que dice Cámpora...”, 1973). En su edición del 19 de junio, festejaba que “el gobierno del pueblo bajó los precios”, aunque advertía que “el pueblo debe exigir su cumplimiento” (“Defenderse, movilizarse...”, 1973, p. 10). La hipótesis montonera consistía en que el poder de policía del Estado no era suficiente para controlar precios, había que recurrir a la intervención popular:

Todos recordamos que muchos gobiernos intentaron controlar el alza de los precios lanzando legiones de inspectores a las calles para que recorran los comercios. Sin embargo, por la coima, por el ocultamiento o por la escasez de inspectores, tales campañas nunca dieron resultado. Es el pueblo en su conjunto el único capaz de garantizar que se cumplan las medidas establecidas por el gobierno popular (“Defenderse, movilizarse...”, 1973, p. 10).

El Descamisado señalaba entonces que el rol de este monitoreo debía ser lograr que los empresarios cumplieran su parte del trato. En la práctica, ese discurso no hacía grandes distinciones entre grandes empresarios nacionales y pequeños comerciantes. Así afirmaban que “no deben existir falsas solidaridades con los comerciantes vecinos y amigos”. La alternativa era no comprar o “denunciarlo, para que se lo castigue a él”. El cierre de la nota incluía un ataque contra el equipo de Gelbard: el control debían hacerlo los trabajadores, porque “sino nadie lo hará. Menos los enemigos internos que lograron puestos en el equipo económico” (“Defenderse, movilizarse...”, 1973, p. 10). Hasta junio, todavía no apuntaban directamente al ministro. Pero en otra sección, la revista mostraba preocupación por ciertos nombramientos en su cartera que expresaban continuidades con el régimen precedente⁵.

Los violentos sucesos del 20 de junio en Ezeiza⁶, con el consiguiente agravamiento de la disputa intraperonista y la advertencia de Perón a los “enemigos embozados, encubiertos o disimulados” (1987, p. 13) fueron proseguidos por una acentuación de la dimensión crítica del discurso montonero. El 10 de julio apareció en *El Descamisado* la primera censura directa a las políticas impulsadas por Gelbard. En particular, a la propuesta de crear una Corporación de Empresas Nacionales (CEN), que nucleara a todas las empresas que tuvieran participación del Estado Nacional, exceptuando aquellas del área de Defensa.

⁵ Las críticas eran contra David Graiver, socio de Gelbard en diversos emprendimientos comerciales, y ex funcionario del gobierno de Lanusse, a las órdenes de Francisco Manrique en el Ministerio de Bienestar Social (Osuna, 2017). En verdad, no había sido nombrado como integrante del gabinete económico, y, de hecho, más adelante tendría vínculos con Montoneros (Gasparini, 1999; Perdiá, 2013). También apuntaban contra Jorge Duchini, nombrado al frente de la Junta Nacional de Granos, a quien se le achacaba la participación en diversas gestiones durante la proscripción del peronismo.

⁶ Respecto de los hechos de Ezeiza, ver Amaral (2010) y Verbitsky (1985).

Consistía en un órgano de supervisión y coordinación unificado con importante participación de la CGE y otras corporaciones patronales (Rougier & Fiszbein, 2006, p. 166). Se criticaba que la medida se oponía “totalmente a la doctrina justicialista y a los objetivos del gobierno popular” (“¿Quieren privatizar el Estado?”, 1973).

La alternativa presentada por la revista no era inocente: reformar las empresas con participación estatal, reforzando el control directo del Poder Ejecutivo, según la ley 13.653 dictada en 1949. De este modo, al reivindicar la legislación del primer peronismo para contraponerla a la CEN, la crítica económica se convertía en una disputa por la doctrina política justicialista. Era, al mismo tiempo, colocarse frente a los sindicatos de la CGT, que, de hecho, lograrían ubicar a sus hombres en el directorio de la naciente corporación, modificando, según Di Tella (1986), el espíritu eficientista de la propuesta.

A su vez, se repetía una nota de reprobación contra el entorno de Gelbard: en este caso contra sus vínculos comerciales y políticos con Jacobo Timerman, antiguo antiperonista: “antes con Lanusse, ahora con Gelbard” (“De la prensa del régimen a la prensa del pueblo”, 1973, p. 14). Lo cierto es que, a medida que se acentuara el conflicto con Perón, Montoneros profundizaría también sus críticas al ministro y su plan económico.

Para principios de agosto, ya se habían acumulado una serie de hechos que alejaban a Montoneros del poder político, y, particularmente, de Perón: la reacción de éste posterior a los hechos de Ezeiza, la renuncia de Cámpora y su reemplazo por Lastiri, y, finalmente, la nueva fórmula presidencial que incorporaba a Martínez de Perón⁷.

No obstante, mantenemos este momento dentro del primer período, de apoyo con ciertas ambigüedades al programa de Gelbard, ya que todavía no existía un discurso de crítica frontal. De hecho, en los primeros días de agosto, el diputado Roberto Vidaña, de la JP Regionales, estableció la posición del espacio respecto a nuevos proyectos legislativos que formaban parte del programa económico, y el balance presentado era claramente favorable: sobre cinco proyectos, se manifestaba a favor de cuatro de ellos, oponiéndose solamente a la mencionada CEN. Más allá de observaciones particulares, opinaba favorablemente de los proyectos presentados para una nueva ley de inversiones extranjeras; la nacionalización del comercio exterior; la promoción industrial y minera; y reformas en el sector agrario, de las cuales, aclaraba, “la más importante es la que establece el impuesto a la renta normal potencial de la tierra” (“¿A quién se la quieren contar?”, 1973, p. 28).

Sin embargo, como parte de esas ambigüedades, en el mismo número el órgano de prensa incluía una acusación contra un hombre del gabinete económico: “GIVERTI... NEPOTISTA”

⁷ Junto a Cámpora, renunció el vicepresidente Solano Lima. El Presidente Provisional del Senado fue enviado en comisión al exterior para que asumiera Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados y yerno del ministro de Bienestar Social José López Rega, quien, al igual que María Estela Martínez de Perón, estaba enfrentado con Montoneros.

(sic)⁸. Se acusaba al secretario de Agricultura y Ganadería de lograr que Gelbard nombrara a su esposa en la misma dependencia y mantener funcionarios del régimen militar (“GIVERTI... NEPOTISTA”, 1973). Curiosamente, el apuntado era el impulsor de la ley que establecía el elogiado impuesto a la renta normal potencial de la tierra.

En cuanto a los efectos del programa económico, en junio la inflación había sido negativa, y en los dos meses siguientes no había alcanzado el 1%, mientras que en los primeros cinco meses del año había acumulado un 32,1%. A pesar de que su diagnóstico de partida acusaba a la inflación de ser una “expropiación del valor adquisitivo del salario”, Montoneros no identificaba la drástica reducción como un logro del campo popular.

Durante esta primera etapa, a pesar de críticas particulares, la organización no impugnaba los términos de intercambio político, y, al mismo tiempo, se proponía como fiel custodia de los mismos. Este período nos permite presentar una clave conceptual del trabajo: el proceso de intercambio político, mientras articule pactos sociales, no sólo condiciona a quienes lo firman, sino a todos los actores políticos y sociales en tanto se manifiesten con respecto a un pacto firmado por otros, que tiende a regular variables que pueden afectar a todo el cuerpo social. Esta exterioridad en cuanto a lo formal no implica que el proceso no tenga impacto entonces en estos actores, cuyos discursos y rasgos identitarios iniciales también pueden verse confirmados, negados, o modificados.

“Romper el cerco” para cambiar el rumbo. La exterioridad de Montoneros ante el Pacto Social y la disputa intraperonista.

El acto que convocó Montoneros el 22 de agosto de 1973 incluyó la primera aparición pública de Firmenich y Quieto al frente de un acto multitudinario junto a una crítica abierta al Pacto Social. No obstante, como señala acertadamente Pacheco en lo que define como un “acatamiento crítico” (2014), no se trataba todavía de un rechazo total a la idea de frente de clases, sino de una censura a la forma que adoptó. Este segundo período se caracterizaría por destacarse las críticas de la organización al programa económico, pero alternando todavía algunos elogios, y rescatando la idea del frente de liberación policlasista.

El 22 de agosto Firmenich abogaba por “una revolución que necesariamente debe ser conducida por la clase obrera organizada”, pero su discurso señalaba una falla en las instancias tripartitas del Pacto Social: “los trabajadores no tienen representantes. Porque tienen allí, en la CGT, una burocracia con cuatro burócratas que no representan ni a su abuela...” (“El discurso de Firmenich”, 1973, p. 5)

Si en el discurso se exigen modificaciones al pacto establecido, sólo se detallan aquéllas concernientes a las representaciones involucradas, pero no se encuentran todavía críticas concretas a su contenido. A su vez, la contienda que proponía dar la organización en el

⁸ Se referían a Horacio Giberti.

campo sindical en este período se atenía a la pretensión de emprender una disputa al interior de las instituciones existentes, como demostraba Firmenich al corregir a los que cantaban “JTP, la nueva CGT”: “(...) Una cosa es la CGT, que equivale al sindicato, y otra cosa es la JTP que equivale a la agrupación. Tenemos que fortalecer la JTP para ganar la conducción política de toda la CGT” (“El discurso de Firmenich”, 1973, p. 5).

Montoneros no llamaba todavía a romper el Pacto Social. Declamaba, por el contrario, la idea de ganarse un asiento en esa mesa de acuerdos y decisiones por la vía institucional, para desplazar a las “falsas representaciones” de la clase obrera.

Simultáneamente, El Descamisado festejaba el anuncio que había realizado Gelbard por el cual se le otorgaba un crédito a Cuba (“Peronismo: concretamente antiimperialista”, 1973) y la recepción a delegaciones del bloque comunista (“Argentina y el campo socialista”, 1973). En el mismo número, sin embargo, se denunciaba el desabastecimiento de combustibles, y la importación de petróleo con precios excesivos; todo ello como muestra de la “dependencia” que Argentina debía “dejar atrás” (“Esto es un robo...”, 1973).

En la última semana de agosto, la JTP realizó su primer encuentro nacional, en el que, a través del documento resultante de sus mesas de trabajo, reforzó las críticas al Pacto Social que había vertido Firmenich en Atlanta. Si bien lo reconocían como una “herramienta programática de la necesaria alianza de clases”, remarcaban que “ese Pacto debería reflejar la hegemonía de la clase trabajadora, beneficiar a las clases que lo componen y perjudicar a las fuerzas imperialistas y oligárquicas” (“Propuestas para el trabajo sindical”, 1973, p. 30). El diagnóstico comenzaba a avanzar entonces no sólo hacia la representación, sino hacia su contenido y los términos de intercambio político que implicaba, reclamando un “aumento real de salarios” y “la nacionalización de los resortes básicos de la economía”. Particularmente el reclamo de aumentos salariales en agosto, menos de tres meses después de la firma del ACN, implicaba una estocada a los términos de intercambio político del pacto. En definitiva, exigían una “reformulación del Pacto Social para que sea realmente la expresión programática del Frente de Liberación Nacional” y respetase la hegemonía de los trabajadores (“Propuestas para el trabajo sindical”, 1973, p. 30).

En nuestro marco analítico, es lógico que la avanzada contra el programa dentro de la esfera de influencia de Montoneros proviniera de la JTP, porque era la agrupación que se encontraba en competencia directa con los dirigentes que encabezaban la CGT.

El 23 de septiembre Perón fue consagrado presidente con el 62% de los votos. Pero la algarabía general duró poco: el 25, José Ignacio Rucci era ejecutado en el barrio porteño de Flores por un grupo comando, en un contexto de espiralización de la violencia entre los contendientes del peronismo. La muerte del secretario general de la CGT, uno de los tres hombres que rubricaron el ACN, tenía un peso político inusitado. Las críticas a su figura por parte de Montoneros habían crecido en los últimos tiempos, pero luego de los hechos nadie

se atribuyó la autoría. Sin embargo, desde entonces han sido numerosos los testimonios de militantes que afirmaron que el responsable de la operación fue un grupo de militantes del núcleo que conformaban Montoneros y FAR (Amorín, 2006; Anguita, Eduardo; Caparrós, 1998; Duzdevich et al., 2015, pp. 149–152; Flaskamp, 2002; Gasparini, 1999; Mero, 2014; Wainfeld & Ivancich, 1983).

En un artículo en el que analiza los abordajes académicos sobre el período, Omar Acha denomina violentología a “una discursividad que encuentra en la violencia política la razón fundamental de una época desquiciada” (2010, p. 2). Este trabajo no pretende inscribirse dentro de la tradición que centra el análisis de la época en la violencia, y creemos que el abordaje de las posturas sobre el Pacto Social ilumina una arista eminentemente política del conflicto entre Perón y Montoneros. Sin embargo, la acumulación de testimonios en ese sentido permite inferir que la disputa intraperonista afectó en este punto el desarrollo del Pacto Social de manera directa, a través de la literal eliminación de uno de sus firmantes.

En el número posterior a los hechos, curiosamente El Descamisado parecía descubrir ciertas bondades en la trayectoria del fallecido y sostenía que “Rucci empezaba a transitar, en los últimos días de su vida, la oposición al Pacto Social firmado con Gelbard” (“La vida y la muerte de José Rucci”, 1973, p. 5)⁹. En la misma edición, reaparecían críticas al ministro, ya que consideraban que actuaba en complicidad con personajes a los que acusaban por corrupción en un caso relacionado con Aerolíneas Argentinas (“Nos afanaron 50.000 millones”, 1973). Críticas similares se repetirían por el desplazamiento del titular de YPF - “El pueblo apoya a Fatigati por lo mismo que odia a Gelbard” (“Aquí mandan Shell y Esso”, 1973)-, y por supuestos intereses en Canal 13 compartidos con Timerman y el empresario antiperonista Goar Mestre (“Siempre listos... para servir al imperialismo”, 1973).

Las críticas de la organización al gobierno se acentuaban a medida que escalaba su conflicto con Perón. Firmenich había iniciado una gira de charlas por las regionales de la JP aportando conceptos que luego serían recopilados en un documento que los militantes de la época recuerdan como “Biblia” o “Mamotreto” en el que se exponían las diferencias con el líder del movimiento (Duzdevich et al., 2015; Salcedo, 2011). En el terreno económico-social se reflejaría entonces en el paso de Montoneros desde la aceptación de los términos de intercambio político del pacto hacia un progresivo cuestionamiento. Al mismo tiempo, Rocío Otero (2019) sostiene que a partir de estas definiciones la organización “comenzó a enfatizar en la lealtad a los intereses de los trabajadores, restándole peso al vínculo de Perón con sus seguidores” (2019, p.149), elemento que explica el mayor lugar que la

⁹ Esto era una interpretación de las declaraciones de Rucci en la que se declaraba partidario de convocar paritarias para aumentar sueldos, ya que interpretaba que eso no implicaba una ruptura del Pacto Social (Rucci, 1973).

organización otorgaba a la JTP en el espacio público, en particular en cuanto a sus críticas al Pacto Social.

La publicación por parte del diario La Opinión del Documento Reservado¹⁰ valió una respuesta de Montoneros vinculando a su director con sus adversarios: así, calificaban a Timerman como “fervoroso paladín del Pacto Social de Gelbard, de los burócratas sindicales” (“Y esto qué es”, 1973, p. 2). El 12 del mismo mes, Perón asumió la presidencia por tercera ocasión, y Montoneros y FAR anunciaron formalmente su unidad. Si Slipak (2015) ha podido identificar ciertos discursos que relatan la historia de Montoneros a partir de un desvío, que en algunos casos es asociado a la influencia de lecturas marxistas por parte de los cuadros de las FAR¹¹, el discurso de Quieto parece ser un elemento en el sentido opuesto a esas voces. Se manifestaba a favor de la alianza policlasista para la etapa, entre trabajadores, sectores medios, y pequeños y medianos empresarios. Y afirmaba que los que proponían otros caminos “confunden los deseos con las realidades y no tienen en cuenta la correlación de fuerzas, el nivel de conciencia y de organización de nuestro pueblo (...)” (“Roberto Quieto”, 1973, p. 20). A pesar de las críticas al programa, la organización no renunciaba a la idea del frente de clases.

Montoneros seguía difundiendo sus posiciones sobre iniciativas puntuales que concernían al Pacto Social. Primero, se manifestó a favor de la Ley de Prescindibilidad en el Estado, como una herramienta que le permitiera al gobierno “eliminar de las esferas de conducción a los funcionarios reaccionarios” (“La JTP fijó su posición”, 1973, p. 14). Más reservas expresó con el proyecto de Ley de Asociaciones Profesionales, que buscaba dar un nuevo marco a la actividad sindical. Si bien Dardo Cabo¹² reconocía que iba a fortalecer “a los trabajadores en su organización”, se expresaba preocupado por una cláusula que permitía a la dirección nacional de un sindicato intervenir a las de grado inferior (Cabo, 1973a, p. 9). La JTP emitió entonces una solicitada que reivindicaba el hecho de que “solamente quienes eligen pueden revocar el mandato de sus representantes” (“Al Excelentísimo Sr. Presidente”, 1973, p. 3).

En noviembre de 1973, el Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista emitió una nueva resolución en la que desconocía a la JTP como parte de la rama sindical del peronismo (“La JTP existe”, 1973). Esta exclusión marcó un parteaguas, y desde este

¹⁰ Emitido por el Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista, se declaraba en guerra contra los “grupos marxistas” que atacaban a peronistas, muchos de ellos “infiltrados” en el propio movimiento.

¹¹ Ver, por caso, Duzdevich et al (2015).

¹² Dardo Cabo fue el director de El Descamisado desde su tercer número. Había integrado la organización Descamisados y, junto a ella, pasó a Montoneros. Era el integrante de la revista con mayor peso político en la organización, aunque diferentes testimonios asignan también un peso importante en ese sentido a Jorge Lewinger. Cabo firmó artículos editoriales de la revista a los que nos referiremos a lo largo del texto (Grassi, 2015; Slipak, 2015).

momento se observaría una acentuación de los discursos críticos, transitando desde los ataques a los representantes del pacto, hacia un rechazo cada vez más tajante de sus términos de intercambio político, en particular en lo concerniente al congelamiento salarial:

Haciendo un largo autoelogio [Gelbard] se presentó como el frenador de la inflación, del costo de la vida y como campeón de la destrucción de las causas de la inflación. Todo mentira: porque los precios han sido compulsivamente frenados, pero el mercado negro es el que regula esos precios (...) Gelbard congela precios y salarios sin aumentar la producción (Cabo, 1973b, p. 3).

Si la inflación había sido definida como una “expropiación del poder adquisitivo de los salarios”, ahora, en un momento de enfrentamiento con el gobierno, no estaban dispuestos a reconocerle méritos tan fácilmente en un contexto en el que se comenzaban a sentir los primeros efectos de la crisis del petróleo: “el asunto sigue siendo la dependencia, la dependencia de la inflación de los yanquis que pagamos nosotros” (Cabo, 1973b, p. 3). El editorial concluía con una acusación contra Gelbard por “desvirtuar” el sentido que Perón originalmente le habría buscado dar a la política económica, en una suerte de reedición de la Teoría del Cerco¹³.

El clima de disputas políticas convivía con dos elementos que comenzaban a horadar el programa económico: por un lado, la retracción de la inversión privada, que era compensada por aumentos en la inversión pública, pero generaba resultados magros en términos del crecimiento de la inversión total (Rougier & Fiszbein, 2006). A su vez, el estallido de la crisis internacional vinculada al aumento de los precios del petróleo implicaba un incipiente deterioro de la balanza comercial, sin perspectivas de mejoras inmediatas para un país importador neto de energía (Barrera & Vitto, 2009).

El Descamisado llegaba al final del año preguntándose en su portada “¿Qué pasa con el Pacto Social?” y comentaba la conferencia de Perón en la CGT del 13 de diciembre:

El General sostuvo: 1) que no habrá aumentos de salarios; 2) que los dirigentes sindicales son leales y honestos; 3) que los que los tildamos de burócratas traidores somos tontos y aventureros; y 4) que el Pacto Social y la política económica llevada adelante hasta el momento cuentan y seguirán contando con su aval explícito. El quinto, que no aparece verbalmente, es el que más opera políticamente sobre el momento actual: frenar la maniobra vanderista para colocar a Cafiero en Economía. (“¿Qué pasa con el Pacto Social?”, 1973, p. 2)¹⁴

¹³ Según esta teoría, en su regreso a la Argentina, Perón estaba aislado de su pueblo por culpa del entorno, especialmente José López Rega, entonces Ministro de Bienestar Social. Montoneros buscaría “romper el cerco” en diversas movilizaciones para reencontrarse con su líder.

¹⁴ La nota hace referencia a Antonio Cafiero, quien durante la gestión de Gelbard estuvo a cargo de la Caja Nacional de Ahorro y Seguro y, más tarde, de la Secretaría de Comercio, antes de ser designado interventor de la provincia de Mendoza. Durante el segundo gobierno de Perón había sido ministro de Comercio Exterior y,

La interpretación reconocía una descalificación hacia la posición propia, pero en el subtexto intentaba encontrar también un límite a sus rivales internos. Efectivamente, Perón había respaldado en su discurso tanto a las organizaciones sindicales como al programa económico y el gabinete responsable, y pedía paciencia: “el mismo Cristo sabemos que curó, etcétera, pero a arreglar la economía nunca se puso” (1988a, p. 42).

El Descamisado todavía reivindicaba la noción del frente de clases, pero atacaba el programa realmente existente, “el contenido de este Pacto Social”, apuntando a los términos de intercambio político, en particular al congelamiento de los salarios. El problema se extendía, según el editorial, a las representatividades: por un lado los trabajadores no podían estar representados si los sindicalistas eran de la “burocracia sindical”, dominada por Lorenzo Miguel y Ricardo Otero, quienes, luego del asesinato de Rucci, no tenían grandes contrapesos en la CGT. Por otro lado, afirmaba que tampoco los pequeños empresarios estaban realmente representados, ya que Gelbard era definido como “un gran empresario”, omitiendo de hecho a Broner. Concluía que el reclamo salarial de la central sindical era justo, pero que se trataba de una excusa para “la burocracia que ataca al Pacto Social para en realidad destruir la alianza de clases y favorecer al imperialismo”. La única figura capaz de salvar esta situación era Perón (“¿Qué pasa con el Pacto Social?”, 1973, p. 3).

El editorial deja al descubierto la ligazón entre el diagnóstico económico y el político por parte de Montoneros. Reafirma su impugnación a las representaciones involucradas, y al mismo tiempo critica los términos de intercambio político del programa. Pero, en un contexto en el que identificaba como su rival principal al interior del peronismo a los dirigentes sindicales, señala que la alternativa propuesta por éstos -Cafiero ministro-, resultaría aún peor, la caída definitiva en manos del “imperialismo”.

Sin embargo, en el número siguiente, el foco volvería a ubicarse sobre Gelbard: esta vez él era señalado como un actor favorable al imperialismo, ante el anuncio del otorgamiento de un crédito del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) por 700 millones de dólares. La crítica se basaba en dos fundamentos: el origen del dinero –“los yanquis no financian nuestra liberación ni la de nadie”-, y su destino: el fomento de las exportaciones industriales, por lo cual, según El Descamisado, los beneficiarios últimos iban a ser los capitales monopólicos extranjeros (“¿Los yanquis nos financian la liberación?”, 1973, pp. 2–3). Otro artículo recogía un índice de costos para una familia tipo, realizado por la propia revista, en el que se denunciaban situaciones de desnutrición, tasas elevadas de mortalidad infantil,

luego del golpe de Estado de 1955, se había integrado a iniciativas del sindicalismo, relacionándose primero con Augusto Vandor y luego con Rucci. La nota de El Descamisado identifica a Cafiero con el “vandonismo”, suponiendo que los sectores del sindicalismo pretendían que reemplazara a Gelbard, situación que finalmente no se produjo (Cafiero, 2011; Rougier & Fiszbein, 2006).

enfermedades profesionales, deserción escolar y analfabetismo, para beneficio “del imperialismo y la oligarquía” (“El drama del salario”, 1973, p. 10)¹⁵.

Nueva muestra de que el conflicto con Perón estuvo fuertemente marcado por críticas al programa económico es la polémica por el endurecimiento del Código Penal. El análisis de la organización enlazaba este proyecto con la política económico-social: la portada de El Descamisado del 15 de enero de 1974 se preguntaba “¿Pacto Social con represión?”, y en el interior el título del editorial contestaba que “este pacto social requiere esta legislación represiva” (“Este pacto social...”, 1974, p. 2). Según el análisis, los empresarios nacionales se subordinaban a los capitales extranjeros, que requerían medidas como la reforma del código penal para invertir, al igual que los organismos financieros para liberar préstamos. Ante este escenario, protestaba porque la nueva legislación no incluía “un elemento esencial para el desarrollo de un gobierno popular: la represión y la subversión de los monopolios” (“Este pacto social...”, 1974, p.2).

En el texto se presenta una novedad del discurso montonero: por primera vez aparece una alternativa al Pacto Social. Se basaba en un mayor poder del Estado:

Es el Estado el que debe centralizar el poder económico y planificar toda la actividad en esta área, avanzando sobre los intereses de la oligarquía y los monopolios; y a partir de allí dar una participación a pequeños y medianos empresarios (“Este pacto social...”, 1974, p. 3).

En la misma edición, enviados a Cuba relataban “Cómo es el socialismo nacional” (“Cuba: cómo es...”, 1974), poniendo sobre el tapete el contenido que Montoneros le otorgaba al significativo vacío (Laclau, 2005) al que Perón se había referido tantas veces. En los números siguientes, se hacía hincapié fundamentalmente en el desabastecimiento. Vitto señala a este mecanismo, junto a la falta de inversión y al establecimiento de mercados negros de diversos productos, como las herramientas centrales que parte de la burguesía utilizó para debilitar al gobierno y su programa económico (2012, p. 131). Montoneros apuntaba como responsables a los “monopolios imperialistas”, que no necesariamente eran extranjeros. Identificaba estos problemas como muestras del fracaso del programa económico, y reclamaba salir de los términos de intercambio político del Pacto Social, en particular los concernientes a las garantías a la propiedad privada: “La gran distribución mayorista y los grandes supermercados (...) deben pasar a manos del Estado” (“La escasez...”, 1974, p. 23).

¹⁵ Visto en retrospectiva, difícilmente durante el período analizado alguna de estas variables haya empeorado, ya que se produjo una baja notable de la desocupación, se consolidó un crecimiento económico con una moderada redistribución del ingreso, y el salario real alcanzó en 1974 valores máximos para el período (Blejmar, 2020; Di Tella, 1986; Rougier & Fiszbein, 2006; Vitto, 2012).

El 29 de enero, Perón recibió a Juan Carlos Dante Gullo y Jorge Obeid, en representación de la Juventud Peronista. Según El Descamisado, uno de los puntos de disenso que le plantearon al presidente fue la implementación del Pacto Social (“La entrevista Perón-JP”, 1974). En la conferencia de prensa posterior, Firmenich volvió a criticar la concepción del pacto y sus representaciones (“Renunciamos a los honores pero no a la lucha”, 1974).

El elemento final de esta etapa que marca el paso desde ciertas ambigüedades de Montoneros con respecto al programa hacia una crítica frontal es la resignificación de elementos que había valorado previamente como positivos. En particular nos referimos a las relaciones geopolíticas. La primera ruptura del embargo impuesto contra Cuba en 1962 (Morgenfeld, 2014) ya no era leído como un hito de una “insobornable postura antiimperialista” (“Peronismo: concretamente antiimperialista”, 1973, p. 25), sino que era relativizada en una nota cuyo título se preguntaba: “¿Rompimos el bloqueo o ya se caía solo?”. La respuesta brindada era que el “paso comercial no se da en la peor época del bloqueo, sino cuando este **ya está muerto de muerte natural**” (“¿Rompimos el bloqueo o ya se caía solo?”, 1974, p. 10).

Esta matización de hechos que antes habían sido elogiados se producía el 12 de marzo de 1974, pocos días después de que, en Córdoba, el gobierno provincial de Obregón Cano y Atilio López, cercanos a Montoneros, fuera depuesto por un golpe policial ante la pasividad del gobierno nacional, que intervendría la provincia sin reponer a los gobernantes (Servetto, 2011).

En ese marco, también se producía la relativización de la apertura comercial hacia el Este: “Y por más antiimperialista que parezca, si la política interna no es coherente con este tipo de medidas internacionales, todo se convierte en simple publicidad. Porque la real política antiimperialista, empieza por casa.” (“¿Rompimos el bloqueo o ya se caía solo?”, 1974, p. 10). Esta segunda etapa de las posiciones de Montoneros se caracteriza entonces por una creciente oposición al Pacto Social realmente existente, en particular a los términos de intercambio político a partir de los cuales estaba construido, y a los sistemas de representatividades que implicaba. A su vez, visibiliza los vínculos entre las disputas políticas intraperonistas y la acentuación de las críticas en el campo económico; y concluye su movimiento crítico a través de la relativización de hechos que, en la primera etapa, había marcado como políticas positivas del gobierno nacional.

Dar vuelta el tiempo, como la taba. La impugnación final de los términos de intercambio político.

La distancia que existe entre la segunda y la tercera etapa es la que separa a la crítica del boicot abierto. De este modo, encontramos que en marzo de 1974, Montoneros dejó de lado cualquier ambigüedad, profundizando sus críticas tanto a las representaciones del Pacto

Social como a sus términos de intercambio político, en particular a la aceptación sindical de los parámetros salariales. El 19 de ese mes, El Descamisado explicaba en su tapa “Por qué hay que romper el pacto social”.

Era la continuación del discurso que Firmenich había brindado en un acto el 11 de marzo, por el aniversario de las elecciones presidenciales, en el que había descrito una “doble traición” del gobierno. En el plano político consistía en “el desplazamiento de los leales por los traidores”, mientras que en el económico proponía resumirlo en dos palabras: “Pacto Social”. Una vez más, el programa económico aparece como un punto nodal del discurso montonero crítico hacia la conducción del movimiento peronista. Firmenich admitía que “hemos tenido públicamente varias posiciones según los momentos frente a este pacto social (...) Hoy estamos totalmente en contra de este pacto. Hay que romperlo y hacer otro” (“Hay que romper este pacto social”, 1974, p. 8).

Las críticas fundamentales expresadas por Firmenich seguían señalando las representaciones, pero ahora también apuntaba claramente contra los términos de intercambio político del programa: “se congela el salario de los trabajadores, se restringe el derecho de huelga, se congela toda posibilidad de luchar por las propias reivindicaciones” (“Hay que romper este pacto social”, 1974, p. 9). A pesar de la propuesta de hacer otro pacto, en sus declaraciones se lee una denuncia a los programas de visos corporativistas que buscan sublimar el conflicto de clases y regular las disputas: el líder de Montoneros convocaba a liberar la posibilidad de luchar.

La nueva postura implicaba dejar definitivamente atrás la etapa descrita por Pacheco (2014), en la que la JTP priorizaba los reclamos por condiciones laborales, abdicando de las luchas salariales para no boicotear el Pacto Social¹⁶.

El Descamisado profundizaba la lectura política que había marcado Firmenich: cuando la UOM nacional utilizaba la Ley de Asociaciones Profesionales para intervenir regionales manejadas por delegados basistas, la conclusión, una vez más, era que había que “romper” el Pacto (“Por qué hay que romper el Pacto Social”, 1974).

El tránsito resulta notable: menos de un año después de presentarse como custodio de los términos de intercambio político, la organización se proponía romper ese pacto, y rechazaba términos muy similares por insuficientes. Encontramos entonces que el proceso de intercambio político condiciona también a los actores que son excluidos de las negociaciones: Montoneros rechazaba ahora cualquier limitación a la lucha obrera y

¹⁶ La autora identifica que, entre finales de 1973 y mediados de 1974, la JTP no impulsó conflictos sustantivos en los que se exigieran mejoras salariales: “Por el contrario, la gran mayoría de ellos apuntaba al pago de salarios y quincenas adeudadas, a la reincorporación de trabajadores y activistas despedidos, mejoras en las condiciones laborales, de higiene y de seguridad y cumplimiento de reglamentaciones laborales” (Pacheco, 2014, p. 253).

bregaba por la construcción de poder popular, ya no para custodiar un pacto, sino para conducir un programa nuevo.

En verdad, la organización decía convocar a otro acuerdo, pero no quedaba claro quién sería su interlocutor. La posibilidad de construir “un nuevo pacto” aparece más como una declamación grandilocuente antes que como un proyecto desarrollado que nos permita pensar que, efectivamente, pretendía un acuerdo con los actores sociales realmente existentes en la coyuntura argentina. Tanto las manifestaciones de Firmenich como las notas del órgano de prensa montonero apuntaban a la necesidad de “liberar” la lucha obrera y priorizar la acción directa y la movilización, antes que los compromisos institucionales. De este modo, las tajantes críticas transversales a las cámaras patronales, la CGT y la mayoría de los dirigentes del justicialismo, dejaba a Montoneros sin interlocutores posibles para impulsar pactos políticos o corporativos alternativos. Muestra de ello era otro editorial de la revista:

Evita decía que estaba bien eso de que bajo el peronismo durante el primer gobierno los empresarios y trabajadores repartieran la ganancia; pero -decía- para que esto sea justo habrá que tener en cuenta que los empresarios han oprimido y explotado a los obreros durante siglos. Así que primero habría que dejar que los obreros explotaran durante siglos a los patrones, después sí, podemos ir a medias. Porque si no corren con ventaja (Cabo, 1974, p. 2).

La retórica no aparece como parte de un discurso que buscara atraer a fracciones de la burguesía para proyectar pactos sociales alternativos. Sin embargo, el fragmento pone sobre el tapete una táctica discursiva de Montoneros que se repite a lo largo de su experiencia: la apelación a la memoria del peronismo -tanto en su década de gobierno como en la Resistencia- para sostener sus posiciones en la coyuntura analizada. Se reivindicaba la propiedad del auténtico peronismo a partir de la interpretación de experiencias pretéritas. Rocío Otero (2019) analiza este fenómeno vinculado, como en el texto de Dardo Cabo, con los usos de la figura de Eva Perón, y, también, en relación con las formas de conmemoración de los actos del 17 de octubre. También Slipak, en su análisis de la “reinvención” de la tradición peronista por parte de la organización, identifica que para El Descamisado resultó constitutivo el primer peronismo, sobre el que realizó una operación intelectual: “reivindicó una etapa pasada para diferirla como horizonte hacía el cual dirigirse” (2015, p. 99). A partir de marzo de 1974, Montoneros apelaría a una táctica discursiva similar para intentar dar una disputa en el terreno de la política económica, con una serie de notas en las que concluía que el Pacto Social no era un programa auténticamente peronista, y comparaba a los militares nacionalistas que apresaron a Perón en 1945 con los empresarios nacionalistas de la CGE. Lo que esta crónica no explicitaba es que era el propio Perón, víctima de aquellos militares, el que había elegido a estos empresarios.

La organización continuaba denunciando los términos de intercambio político: sostenía que los trabajadores otorgaban mayores concesiones -como las limitaciones salariales y la renuncia a la protesta directa- que los grandes empresarios, en ese marco de análisis, los grandes beneficiados del Pacto Social (“¿Liberación sin justicia social?”, 1974).

En marzo de 1974, con una inflación creciente, en medio de presiones por parte de actores diversos -sindicatos de la CGT, los empresarios, las organizaciones de la izquierda peronista, y el sindicalismo de base- el gobierno convocó a una “Gran Paritaria Nacional”, que resolvió aumentar sueldos, tarifas, y permitir ciertos aumentos de precios (Di Tella, 1986; Rougier & Fiszbein, 2006; Vitto, 2012).

El número de El Descamisado posterior al anuncio estuvo dedicado centralmente a criticarlo. Señalaban que el aumento salarial era exiguo y proponía dos medidas: crear comisiones populares de control de precios, y permitir que las comisiones internas sindicales de la industria controlasen los costos de producción empresarios. Abogaba de este modo por la aplicación de “formas concretas de poder popular” (“Con los aumentos no pasa nada”, 1974, p. 2). La noción de frente de clases era cada vez menos recurrente y más vaga en los discursos de la organización, y se acentuaba la dimensión del control popular y la hegemonía obrera.

La disputa intraperonista se profundizaba: en marzo fue asesinado el dirigente sindical Rogelio Coria, y en abril se confirmaba la intervención de la provincia de Córdoba, lo que implicaba la salida definitiva del gobernador Obregón Cano. El 8 de abril, mediante el decreto 1100/74, el gobierno resolvió la clausura de la “revista montonera”. Sin embargo, el 19 del mismo mes salió a la calle el primer número de “El Peronista”. Slipak confirma que la línea editorial que adoptó “fue la misma que El Descamisado” (2011, p. 52). La edición inicial incluía “Un documento para la liberación”. El escrito sistematizaba las posturas montoneras sobre el Pacto Social: “un instrumento para la congelación de la lucha de los trabajadores”. La receta propuesta incluía “el camino de la nacionalización y la socialización de la economía”, para “reencauzar este proceso hacia la liberación nacional”, y fuertes críticas a los funcionarios del gabinete (Montoneros, 1974b, pp. 32–33).

Los enfrentamientos discursivos constituían el prolegómeno de la confrontación abierta en la Plaza de Mayo en la conmemoración del Día del Trabajador. Luego de los insultos a los “imberbes” y la referencia a un “escarmiento”, que precedieron a la retirada de las columnas, el presidente continuó con referencias al sindicalismo y el Pacto Social: “Compañeros, deseo que antes de terminar estas palabras lleven a toda la clase trabajadora argentina agradecimiento del gobierno por haber sostenido un pacto social que será salvador para la República” (Perón, 1988b, p. 51).

Después del acto, Montoneros emitía un nuevo comunicado: “se cuestiona el rumbo total de este proceso y pedimos la reformulación”. Incluía, también, una amenaza: “De continuar

esta política económica, se producirá, tarde o temprano, la ruptura del frente de liberación y se destrozará la unidad nacional.” (“Hablan los montoneros”, 1974, pp. 22–25).

La escalada de la disputa con Perón parecía indetenible. En todos los números de El Peronista se denunciaba el Pacto Social, y, las pocas palabras elogiosas que quedaban se relacionaban con las relaciones exteriores. Pero también en esos análisis se advertía que el tema no se podía escindir de la crítica situación nacional, e, incluso, se presentaban reparos ante una política de fomento a las exportaciones “porque resta productos del consumo interno. Sobre todo, si se trata como en el acuerdo firmado con la URSS, de bienes de consumo masivo, como la carne, el arroz, y las frutas” (“Con Moscú...”, 1974, p. 27).

La clausura de esta segunda versión de un órgano editorial de Montoneros dio paso a una nueva publicación, La Causa Peronista. En julio, el titular de su primer número rezaba laicamente: “Murió nuestro líder... Los peronistas nos quedamos solos”.

La muerte de Perón dejaba a la organización sin referentes en la conducción del peronismo, sólo adversarios y enemigos. Su nuevo discurso sobre el Pacto Social lo reflejaba claramente: continuaba denunciándolo, pero al mismo tiempo advertía que los ataques del sindicalismo a dicho programa no eran mejor noticia, en especial porque Lorenzo Miguel y el “vandonismo” ganaban cada vez más peso en la central sindical.

Ya sin Perón en escena, con un accionar de la Triple A que se profundizaba (Besoky, 2010), la situación sólo empeoró. En ese contexto, el 6 de septiembre Firmenich encabezó una crucial conferencia de prensa junto a los dirigentes de los “frentes de masas”, en la que se concretó un hecho que quedaría grabado en la historia política argentina como el “pase a la clandestinidad” de Montoneros. En verdad, se trataba de la segunda etapa de clandestinidad de la organización, ya que había iniciado sus actividades en 1970 en la misma condición, y retomaría elementos discursivos de esa etapa. El anuncio continuaba la línea crítica contra el sindicalismo oficialista, denunciando “el copamiento de la CGT por representantes del vandonismo”, que, paradójicamente, identificaban como un hito logrado luego de las muertes de Rucci, y de su sucesor, Adelino Romero (Montoneros, 1974a, p. 36). Entre los fundamentos de la decisión a anunciar, se incluía la represión paraestatal, los asesinatos de militantes peronistas, y, especialmente, “la vigencia de un pacto social que es un atentado a los intereses de los trabajadores”. Por ello, se presentaba un pliego de demandas que, entre sus puntos centrales, incluía un llamado a “la democracia sindical”, y la “anulación del actual pacto social”. Hasta tanto el gobierno cumpliera, Montoneros decidía llamar a la “resistencia popular”, y “reasumir las formas armadas de lucha, que junto con todas las otras formas (actos, movilizaciones, huelgas, caños, etc.) constituyen la guerra popular integral” (Montoneros, 1974a, p. 37).

Esta decisión señala el punto cúlmine del recorrido que llevó a la organización desde el apoyo ambiguo al Pacto Social, hasta la impugnación total tanto de sus términos de

intercambio político como de la legitimidad de los representantes que lo suscribían. Se consumaba, de este modo, la defección de la coalición gobernante por parte de Montoneros.

Reflexiones finales

El Pacto Social implicaba para Montoneros una encrucijada: cómo reaccionar ante un programa de estructuración tripartita en el que la CGE y la CGT iban a tener una voz legitimada por el gobierno peronista. Sus posiciones al respecto recorrieron el camino desde un apoyo ambiguo al programa hasta un rechazo total que incluía el llamado a un boicot.

En ese tránsito identificamos tres etapas. La primera de ellas se caracterizó por una operación intelectual que le permitía evadir el problema de la falta de acceso a las instancias tripartitas: se asignaba a sí mismo el lugar de custodio de los términos de intercambio político, ofreciendo su fuerza de movilización popular para asegurarse de que los empresarios cumplieran su parte. En esa línea, la organización presentó un discurso que asignaba centralidad a la idea del frente de clases, y limitó sus críticas a proyectos y funcionarios puntuales.

Recién hacia el cierre del período la crítica se volvió más claramente hacia las representaciones que involucraba el pacto social. La disputa de Montoneros con los sindicatos dentro del movimiento peronista precedía a la gestión de Cámpora, pero el establecimiento de un programa que otorgaba voz y voto a la representación corporativa generó un incentivo adicional para que, a través de la JTP, la organización intensificara la disputa en el ámbito sindical. La segunda etapa implicó entonces un desplazamiento en el cual acentuó el rechazo a las representaciones implicadas en el programa, pero a la vez incorporó críticas a los términos de intercambio político, en particular al congelamiento de la política salarial y la inmovilización de la lucha obrera.

El paso a la última etapa ya no dejaba lugar para ambigüedades: casi sin ningún elogio al programa económico, la crítica era furibunda tanto con las representaciones como con los términos de intercambio político, y se incorporaba, además, un llamado al boicot y a “romper” el Pacto Social. Así, el discurso montonero relegó la dimensión del policlasismo y le otorgó mayor centralidad al hegemonismo obrero.

La reflexión sobre los pactos sociales como un tipo específico de programa que involucra un canal institucionalizado entre el Estado y la sociedad civil tiene ciertas implicancias: si Montoneros quería un asiento en la mesa de acuerdos y decisiones del Pacto Social, debía representar a un actor de la sociedad civil, específicamente, constituirse en un actor de representación corporativa. En ese marco se inscribe la disputa de la JTP con las organizaciones sindicales del peronismo de mayor trayectoria. Cabe reflexionar acerca de cómo estos esquemas tripartitos contienen en su formulación a sectores tradicionales, corporativos, de la sociedad civil. Pero el Pacto Social no incorporaba un mecanismo de

consulta o decisión que otorgara un peso similar al que tenían la CGT y la CGE para espacios no corporativos que pudieran representar a otros grupos sociales.

Futuras indagaciones podrán poner en diálogo estas reflexiones centradas en las posiciones montoneras con respecto al programa económico y el intercambio político, con aquellos análisis que encuentran que la trayectoria de la organización puede ser analizada a partir de una tríada conceptual -movimientismo, tendencismo y alternativismo- que describen posibles formas de vincularse con el peronismo (Bartoletti, 2010; Canosa & Stavale, 2021; Lanusse, 2005).

En definitiva, las posturas de Montoneros respecto del Pacto Social, en su estructuración tripartita alrededor de representaciones sindicales y empresariales legitimadas por el gobierno, tuvieron un tránsito en el que se acentuó la dimensión crítica de su discurso. En ese trayecto, el predominio de los discursos moderados, etapistas, estructurados alrededor de enunciaciones policlasistas y centrados en la inflación como principal problema económico, se vio progresivamente desplazado por la centralidad de expresiones en las que primaban el enaltecimiento del hegemonismo obrero, los llamados a liberar la lucha sindical y los reclamos por la socialización urgente de diversos resortes de la economía nacional. Este movimiento crítico se acentuó hasta llegar en septiembre de 1974 a la declaración de la guerra popular integral: se había acabado el tiempo de la moderación.

Fuentes documentales utilizadas

¿A quién se la quieren contar? (1973). *El Descamisado* n°13, 28–29.

¿Liberación sin justicia social? (1974). *El Descamisado* n°45, 17–20.

¿Los yanquis nos financian la liberación? (1973). *El Descamisado* n°32, 2–3.

¿Qué pasa con el Pacto Social? (1973). *El Descamisado* n°31, 2–3.

¿Quieren privatizar el Estado? (1973). *El Descamisado* n°8, 29.

¿Rompimos el bloqueo o ya se caía solo? (1974). *El Descamisado* n°43, 10.

Abal Medina, J.M. (2005). Entrevista a J.M. Abal Medina. Red de Archivos Orales de la Argentina Contemporánea, disponible en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG). Buenos Aires.

Acta de Compromiso Nacional. (1973). En *Plan Trienal para la Liberación y la Reconstrucción Nacional*. Poder Ejecutivo Nacional - República Argentina.

Acuerdo social y control de los trabajadores. (1973). *El Descamisado* n°4, 13.

Al Excelentísimo Sr. Presidente. (1973). *El Descamisado* n°25, 3.

Aquí mandan Shell y Esso. (1973). *El Descamisado* n°27, 6.

Argentina y el campo socialista. (1973). *El Descamisado* n°15, 9.

Cabo, D. (1973a). Compañeros. *El Descamisado* n°26, 2–3.

Cabo, D. (1973b). La salud de Perón es la salud del pueblo. *El Descamisado* n°28, 2–3.

Cabo, D. (1974). Los leales pueden disentir. *El Descamisado* n°38, 2–3.

Cafiero, A. (2011). *Militancia sin tiempo: mi vida en el peronismo*. Planeta.

Con los aumentos no pasa nada. (1974). *El Descamisado* n°46, 2–3.

Con Moscú: negocios y política. (1974). *El Peronista* n°4, 26–27.

Cuba: cómo es el socialismo nacional. (1974). *El Descamisado* n°35, 16.

De la prensa del régimen a la prensa del pueblo. (1973). *El Descamisado* n°8, 14–15.

Defenderse, movilizarse, no dejarse robar. (1973). *El Descamisado* n°5, 10.

El costo de la vida. Terrorismo económico. (1973). *El Descamisado* n°0, 10.

El discurso de Firmenich. (1973). *El Descamisado* n°15, 5–6.

El drama del salario. (1973). *El Descamisado* n°32, 9–10.

ERP, Far y Montoneros. (1973). *La Nación* 9/6, 16.

Este pacto social necesita esta legislación represiva. (1974). *El Descamisado* n°35, 2–3.

Esto es un robo del imperialismo yanqui. (1973). *El Descamisado* n°15, 12–13.

GIVERTI... NEPOTISTA. (1973). *El Descamisado* n°13, 25.

Grassi, R. (2015). *Periodismo sin aliento. El descamisado: La revista que cubrió el conflicto y la ruptura de Perón con Montoneros*. Sudamericana.

Hablan los montoneros. (1974). *El Peronista* n°5, 22–25.

Hay que romper este pacto social. (1974). *El Descamisado Extra*, 8–9.

La entrevista Perón-JP. (1974). *El Descamisado* n°38, 8.

La escasez de todos los días. (1974). *El Descamisado* n°37, 23.

La JTP existe. (1973). *El Descamisado* n°27, 2.

La JTP fijó su posición. (1973). *El Descamisado* n°24, 14.

La renuncia de Galimberti, un golpe de timón. (1973). *El Descamisado* n°0, 12.

La vida y la muerte de José Rucci. (1973). *El Descamisado* n°20, 4–5.

Lissandrello, G. (2012). Montoneros y el PRT-ERP ante el Pacto Social (1973-1974). Una perspectiva comparada. *Izquierdas*. <https://www.redalyc.org/pdf/3601/360133454006.pdf>

Mero, R. (2014). *Contraderrota. Conversaciones con Juan Gelman*. Sudamericana.

Montoneros. (1974a). Habla la resistencia. *Evita Montonera* n°1, 36–37.

Montoneros. (1974b). Un documento para la liberación. *El Peronista* n°1, 21–40.

Nos afanaron 50.000 millones. (1973). *El Descamisado* n°20, 10.

Perdía, R. (2013). *Montoneros. El peronismo combatiente en primera persona*. Planeta.

Perón, J. D. (1987). *Discursos completos. Tomo I. Megafón*.

Perón, J. D. (1988a). *Discursos completos. Tomo II. Megafón*.

Perón, J. D. (1988b). *Discursos completos. Tomo IV. Megafón*.

Peronismo: concretamente antiimperialista. (1973). *El Descamisado* n°15, 25.

Por qué hay que romper el Pacto Social. (1974). *El Descamisado* n°44, 2–3.

Propuestas para el trabajo sindical. (1973). *El Descamisado* n°16, 30–31.

Renunciamos a los honores pero no a la lucha. (1974). *El Descamisado* n°38, 4–10.

Responden los compañeros Firmenich y Quieto. (1973). *El Descamisado* n°4, 3–4.

Roberto Quieto. (1973). *El Descamisado* n°23, 20.

Rucci, J. (1973). *Di Film - José Rucci convenciones colectivas / Rueda de prensa*. <https://www.youtube.com/watch?v=mgOCYLWfUs>

Siempre listos... para servir al imperialismo. (1973). *El Descamisado* n°28, 31.

Van a cobrar lo que dice Cámpora, ni un peso más. (1973). *El Descamisado* n°3, 5.

Wainfeld, M., & Ivancich, N. (1983). Montoneros. *Revista Unidos*, 2, julio d.

Y esto qué es. (1973). *El Descamisado* n°21, 2.

Bibliografía

Acha, O. (2010). Dilemas de una violentología argentina: tiempos generacionales e ideologías en el debate sobre la historia reciente. *V Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente, Universidad Nacional de General Sarmiento*.

- Ahlquist, J. (2008). Parties, Pacts, and Elections The Determinants of Social Pacts, 1974-2000. *Unpublished Manuscript*, 188(University of Washington), 496–512. <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/summary?doi=10.1.1.595.283>
- Amaral, S. (2010). Ezeiza, 20 de junio de 1973. *Todo es historia*, 518, 6–21.
- Amorín, J. (2006). Montoneros. *La buena historia*.
- Anguita, Eduardo; Caparrós, M. (1998). *La Voluntad*. Planeta.
- Barrera, M. A., & Vitto, C. (2009). El Plan energético del tercer gobierno peronista (1973-1976): potencialidades, limitaciones y consecuencias de la crisis del petróleo. *IIIª Jornadas de Economía Política*, 9(10). https://www.ungs.edu.ar/wp-content/uploads/2009/11/Mariano_Barrera_Cecilia_Vitto_El_Plan_Energetico_1973-1976.pdf
- Bartoletti, J. (2010). *Montoneros: de la movilización a la Organización. Un caso paradigmático de militarización*. Universidad Nacional de San Martín. Escuela de Política y Gobierno.
- Benes, E., & Gurrera, M. S. (2018). Pactos sociales en la Argentina: las experiencias de concertación social desde mediados del siglo XX. *Revista Argentina de Ciencia Política*, 21. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistaargentinciapolitica/article/view/3251>
- Besoky, J. L. (2010). Perón y la Triple A: ¿Una relación necesaria? *VI Jornadas de Sociología de la UNLP 9 y 10 de diciembre de 2010. La Plata, Argentina*. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5120/ev.5120.pdf
- Blejmar, J. (2019). *José Ber Gelbard: la patria desde el boliche*. Ediciones UNGS, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Blejmar, J. (2020). El Plan Gelbard y el populismo económico. *Realidad económica*, 49(330). <https://ojs.iade.org.ar/index.php/re/article/download/111/70>
- Canosa, M. G., & Stavale, M. (2021). Peronismo, izquierda y lucha armada. Balance bibliográfico y perspectivas analíticas sobre las organizaciones armadas peronistas en clave comparada. *Páginas (Rosario): Revista Digital de la Escuela de Historia*, 13(31), 9. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/121087>
- Di Tella, G. (1986). Perón-Perón 1973-1976, Hyspamérica. En Bs. As.
- Duzdevich, A., Beltramini, R., & Raffoul, A. (2015). *La Lealtad. Los Montoneros que se quedaron con Perón*. Sudamericana.
- Flaskamp, C. (2002). *Organizaciones político-militares: testimonio de la lucha armada en la Argentina:(1968-1976)*. Ediciones nuevos tiempos.
- Friedemann, S. (2012). Aportes del campo de estudios sobre memoria para un abordaje reflexivo del pasado reciente universitario. *Aletheia*, 2(4). http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5291/pr.5291.pdf
- Gasparini, J. (1999). *Montoneros: final de cuentas*. De la campana.
- Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Grijalbo.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Losada.
- Lanusse, L. (2005). *Montoneros, el mito de sus doce fundadores*. Vergara.
- Morgenfeld, L. (2014). Argentina y Estados Unidos, golpe a golpe (1966-1976). *Revista SAAP. Publicación de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político*, 8(2), 521–554. <https://www.redalyc.org/pdf/3871/387139302006.pdf>
- Osuna, M. F. (2017). El ministerio de Bienestar Social durante la gestión de Francisco Manrique: la función de la política social en los últimos años de la “Revolución Argentina”(1970-1973). *Quinto sol*, 21. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/87355>
- Otero, R. (2019). *Montoneros y la memoria del peronismo*. Prometeo.
- Pacheco, J. (2014). Acerca del programa de la organización Montoneros:¿ reformistas o revolucionarios? *Trabajo y sociedad*, 23(249–265). https://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/23_Pacheco_Julieta_Montoneros.pdf

- Portantiero, J. C. (1987). La concertación que no fue: de la Ley Mucci al Plan Austral. *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*.
- Pryluka, P. F., & Coviello, R. (2018). Consumo y desarrollo en el tercer gobierno peronista. *América Latina en la historia económica*, 25(1), 98–135. <http://alhe.mora.edu.mx/index.php/ALHE/article/view/862>
- Rougier, M., & Fiszbein, M. (2006). *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*. Ediciones Manantial.
- Rusconi, G. E. (1985). *Problemas de teoría política. Cuadernos de Teoría Política*. Instituto de Investigaciones Sociales UNAM.
- Rusconi, G. E. (2021). Sobre el concepto de sociedad compleja. *Política y Transgresión: Antología de textos de la Revista Metapolítica*, 193. <https://libros.analectica.org/libro/politica-y-transgresion-antologia-de-textos-de-la-revista-metapolitica/>
- Salcedo, J. (2011). *Los montoneros del barrio*. Ed. Untref.
- Sanz Cerbino, G. S., & Lissandrello, G. (2018). El programa de liberación nacional en la Argentina de los '70: la convergencia entre Montoneros y la Confederación General Económica (CGE). *Conflicto Social*, 11(19), 100–132. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/3018>
- Seoane, M. (2018). *El burgués maldito*. Random Pengüin House.
- Servetto, A. (2011). *73/76. El gobierno peronista contra las provincias montoneras*. Siglo XXI.
- Slipak, D. (2011). Sobre los orígenes. Peronismo y tradición en la revista El Descamisado (1973-1974). *Sociohistórica*, 0(29 SE-Artículos). <https://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/shn29a02>
- Slipak, D. (2015). *Las revistas montoneras*. Siglo XXI Editores.
- Soprano, G. (2007). La vocación kantiana de la antropología social. En G. (comps. . Rinesi, E; Soprano (Ed.), *Facultades Alteradas. Actualidad de El conflicto de las Facultades de Immanuel Kant*. Prometeo y UNGS.
- Verbitsky, H. (1985). *Ezeiza*. Contrapunto.
- Vitto, C. (2012). Plan económico del tercer gobierno peronista: Gestión de Gelbard (1973-1974). *Problemas del desarrollo*, 43(171), 111–134. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0301-70362012000400006